

de Rafaim tan célebre por la victoria de David contra los filisteos.

»A la mitad del camino se encuentra un monasterio griego que lleva el nombre del profeta Elías y es un edificio que no tiene nada de notable. Delante del monasterio se ve un árbol cuya poblada copa da sombra á una piedra que dicen sirvió de cama al profeta. No muy lejos, á la derecha, se descubre un pequeño edificio cuadrado dominado por una cúpula.—Es la sepultura de Raquel, me dijo el guía; pero la simple vista del edificio me anunció que pertenecía á una época más cercana.

»Continuamos nuestra marcha y héos aquí que después de haber dado algunos pasos, de repente, en la pendiente de una colina, se ofrece á nuestras miradas ese Belén de mi corazón, y en los transportes de mi alegría saludé á la tierra de Judá con las mismas palabras de los profetas: no sois la menos ilustre entre las principales ciudades de Judá, pues visteis nacer al jefe de Israel.

»A medida que íbamos adelantando presentábase más risueña y graciosa la perspectiva. Belén en medio de las colinas y de las llanuras que la rodean ofrecía un aspecto pintoresco; los campos irregularmente cortados, según la extensión de los heredados, algunas veces cercadas con vallado, me parecían mejor cultivados; los árboles, la higuera, y el olivo sobre todo, eran menos raros. De una parte veía las montañas de la Judea, y de la otra, más allá del mar Muerto, las de la Arabia Petrea.

»Eran las seis cuando llegué á Belén en medio de las pruebas de la más tierna caridad que me prodigaban los religiosos. Yo no pensaba más que en una cosa mientras me acompañaban éstos á la pequeña celda que se me había preparado.

»Las luces se extinguían poco á poco en el convento y no se oía en los claustros más que la péndula del reloj y del débil murmullo de algunos religiosos que rezaban en su misma celda. Pronto seguí á un padre que me vino á buscar... Esas horas de la noche, durante las cuales velaba junto al pesebre del Cordero sin tacha, me recordaron aquella hora en que el ángel del Señor había aparecido á los pastores, y me pareció que como á ellos otro ángel me decía: adora y no temas.»

Siguiendo el mismo camino que la Santa Familia en una estación rigurosa, ninguna emoción puede compararse con la que agita al viajero. «Imposible es precisar ni determinar, dice el francés Guerin, en qué consiste ni en qué estriba el sereno gozo, la inefable alegría que en el aire se respira desde que se llega á la población que en vez de tener en que llorar, como la ciudad Santa, por la muerte y en el sepulcro

de un Dios, encierra y muestra todavía con religioso alborozo el sitio de su nacimiento y de su cuna.»

Atravesemos, pues, la ciudad, y por sus angostas callejuelas dirijámonos al convento de los padres Franciscanos, verdadera providencia del viajero en la Tierra Santa.

Es un edificio extramadamente grande, cuyas paredes, levantadas con piedras enormes, presentan todo el aspecto de una fortaleza por su elevación y espesor. La puerta es tan estrecha y baja que encorvándose incómodamente es el único medio de poderla pasar. Se la ha hecho de intento así para que no puedan penetrar fácilmente los árabes, y muchos á la vez: precaución tanto más necesaria en este país, en cuanto el pueblo sin más rodeos arremete contra los religiosos, sobre todo cuando se ve agobiado por alguna nueva contribución, en cuyo caso el único expediente que encuentra para salir pronto del paso, es el de descargar todo el peso sobre los Padres.

Dividese el monasterio en tres partes, ocupadas separadamente por los griegos, armenios y católicos. La iglesia está contigua al patio del monasterio.

Los primeros cristianos habían construido en este lugar una iglesia que incluía el establo en que el Salvador vino al mundo. Acudían allí de todas partes para adorar á aquel que se había humillado hasta tomar la forma de un pequeño niño por nuestro amor. Con el fin de alejar de aquí á los fieles, y de entregar sus misterios á la irrisión de los paganos, el emperador Adriano hizo erigir una estatua á Odonis, estableciendo al mismo tiempo un culto particular para honrarla, el cual subsistió hasta el reinado de Constantino. Santa Elena, madre de este príncipe, durante su permanencia en la Tierra Santa acumuló á los inmensos beneficios con que había ya señalado su piedad, el de derribar el vergonzoso ídolo, y proscribir su culto; sugiriéndola su celo el levantar en el mismo sitio la iglesia que hoy día lleva el nombre de María.

Por más que esta iglesia sufriese grandes alteraciones, y que haya sido frecuentemente reparada, deja sin embargo entrever los inequívocos señales de su antiguo y glorioso origen. Tiene la forma de una cruz, y está adornada con cuarenta y ocho columnas de mármol de orden corintio. Los griegos y armenios se han apoderado de ella, como de otros tantos lugares pertenecientes á los latinos, manteniéndose hoy día pacíficos poseedores por medio del oro prodigado al bajá de Damasco y á la Puerta.

Una grande pared separa la nave principal del coro y de los brazos

del crucero. Pertenece á griegos y armenios, que celebran allí sus oficios. El resto del templo queda en abandono, sin que jamás se celebre en él. El pavimento está tan destrozado, como que no puede andarse por él sin riesgo de caer. En las paredes se divisan todavía algunas pinturas que parecen remontarse al principio del arte entre nosotros, así como algunos fragmentos de mosaico.

Cerca de la iglesia de santa María hay otra bajo la advocación de santa Catalina, la cual pertenece á los católicos, bien que mucho más pequeña de lo que correspondería al número de fieles. Su adorno principal es un excelente órgano que frecuentemente se oye tocar, y con tanto más gusto en cuanto la armonía de este instrumento, al parecer, contribuye mucho á las agradables emociones que se notan principalmente en Belén.

Por esta iglesia pasan actualmente los católicos para ir á la Santa Cueva, en vez de seguir el camino que tomaban antes. Los continuos embrollos que griegos y armenios suscitan á los Padres de la Tierra Santa, han dado lugar á este y otros cambios; y es preciso notarlo para que no se admire si mi relación discorda en algunos puntos de lo que pueda leerse en otros escritores.

«¡Que no pueda yo, dice Geramb, ahora hacer pasar en cierta manera mi alma á la de mis lectores, con las ideas, afecciones y sentimientos de que la llenan la presencia de cuanto tengo la dicha de ver! Recoged vuestros sentidos, preparad vuestro corazón, porque voy á introducirlos en una cueva en la que el hombre profano no ve, es verdad, más que objetos que no merecen sinó el desprecio, un establo, un pesebre, un Niño pobre, y el todo, por lo más, digno de lástima. Mas para los cristianos, á los que el cielo nos ha dispensado la gracia de serlo; para los cristianos este establo es un templo, este pesebre es un santuario, este niño un Salvador, un Dios, un Dios ante el cual los imperios que parecen tan grandes á nuestros pequeños ojos, son apenas como el más mínimo átomo de polvo; y estos reyes y pueblos que se disputan un título que exclusivamente le corresponde, que quieren ser *soberanos*, hasta sin su gracia, no hacen más que un poco de ruido en el día de hoy, no recogen más que una poca de lo que ellos llaman *gloria*, sino para perderla mañana y morir. Y estos hombres que se titulan sabios, que levantan la voz para persuadir que sus descubrimientos, conocimientos, doctrinas, sabidurías, ingenio, son la única luz capaz de iluminar verdaderamente al mundo, no son más que ignorancia, tinieblas, no entendiendo nada en las cosas del cielo, y corriendo á abismarse

con su propia ciencia como todos los demás hombres, en la tenebrosa noche del sepulcro...»

Desde la iglesia de santa Catalina se baja por una escalera tan estrecha que dos personas que se encontrasen con dificultad podrían pasar sin otra luz que la de dos lámparas colocadas la una delante un cuadro de la Virgen Santísima, y la otra delante del de San Francisco.

Al último de la escalera á la derecha hay un pequeño pasadizo que conduce al altar de San Eusebio, y de allí á otros dos que se hallan al frente, y están dedicados el uno á San Gerónimo, y el otro á las Santas Paula y Eustoquia. Más lejos se ve la gruta principal de San Gerónimo, transformada en capilla que se le ha dedicado. En ella es donde el ilustre solitario pasó una gran parte de su vida. En ella heria continuamente sus oídos la espantosa trompeta que un día ha de llamar á juicio á todos los hombres. En ella encorvado bajo el peso de los años y austeridades, golpeaba su pecho con una piedra pidiendo á voz en grito misericordia al Señor: por fin, allí fué donde se entregó á los inmensos trabajos que le han granjeado el título de Padre de la Iglesia, y de doctor máximo.

Los dos cuadros de San Gerónimo que adornan esta gruta son bastante regulares; sin embargo falta la proporción en el del altar pequeño, la cabeza es bastante expresiva, mas el cuerpo es demasiado pequeño.

Por lo que toca á cuadros, pocos se han presentado tan interesantes como el de Santa Paula y de su hija Santa Eustoquia. Es verdad que no parece obra de un pincel muy hábil, pero sí se encuentra de un grande efecto. Presenta ambas santas en un mismo sepulcro, como lo ha bien observado Chateaubriand: es interesante la idea del pintor en haber dado á madre é hija una perfecta semejanza: la juventud, un velo blanco y una corona de rosas es lo único que distingue la una de la otra. Sin embargo si fuera licito dar mi voto en esta materia, diría que hay demasiada afectación y lujo en sus vestidos. Verdad es que descendían de los Escipiones, y que poseían riquezas inmensas; pero sus favoritas virtudes eran la humildad y la simplicidad cristiana; entrando también en cuenta que Eustoquia murió de superiora en un monasterio de Belén.

«Apoyado en la roca de esta obscura cueva miraba atentamente este cuadro á la luz de mi blandón que había dejado sobre el altar, escribe un viajero; el silencio y la soledad del sitio tenían á mi alma en un religioso terror. Contemplaba delante de mí la imagen de dos personas de grande fortuna y de una nombradía tal vez mayor, las cuales

amaestradas por la fe habían renunciado á los honores, á las delicias que podía prometerlas el mundo, según el alto rango que ocupaban, y todo lo habían abandonado por *la única cosa necesaria* para la salvación. «¡Dichosa madre, me decía á mis solas, por haber comprendido y hecho entender á tu hija *cúán poco duran los placeres, toda vez que la vida dura tan poco!* ¡Feliz todavía por haber escogido por esposo á aquel cuya ternura y vida no tienen fin, y con el cual se asegura una dicha tan larga como la eternidad!» Y después desde estas bóvedas subterráneas y de la contemplación del Sepulcro, mi imaginación se elevaba hasta los cielos, donde las veía con la palma inmortal, precio de su valor y perseverancia, y coronadas de gloria...»

«Nadie crea por este lenguaje que en mi opinión las jóvenes cristianas deban todas huir del mundo, para ir á sepultarse vivas en la soledad. Para la dicha de la sociedad, y aun más por el honor y gloria de la religión, son menester esposas y madres como Santa Paula, así como vírgenes consagradas á Dios como Santa Eustoquia. Pero confieso que junto al sepulcro de estas dos santas no he podido evitar el deseo de que ciertas madres que seducidas por el mundo con estas reuniones profanas, estos bailes, paseos, conciertos y fiestas, que exponen á miradas raramente castas la juventud y las gracias de sus hijas adornadas y coronadas de flores. No he podido negarme, digo, á desear que semejantes madres tuviesen en su casa una copia de este lienzo, para ayudarlas á comprender, y á hacer conocer á sus hijas, que la hermosura se marchita tan pronto como la flor de la cual tiene el brillo, que las amistades se acaban, que la reputación es tan frágil como el vidrio, que las riquezas se pierden, que los juegos, las risas, las alegrías vienen mezcladas frecuentemente de amargos dolores, y terminan en pesares. Y en fin, que tanto en medio del mundo como lejos de él no hay otra cosa sólida y duradera sino la virtud.»

Para ir á la sagrada cueva desde el punto en que estamos es necesario volver atrás. Se pasa por delante del altar debajo del cual está el sepulcro de los Santos Inocentes. Según la tradición este es el lugar en que fueron enterrados los niños de Belén, que los celos de Herodes condenó á muerte.

Entonces Herodes, cuando vió que había sido burlado por los Magos, se irritó mucho; y enviando soldados hizo matar á todos los niños que había en Belén y en toda su comarca de dos años abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los Magos.

Entonces fué cumplido lo que se había dicho por Jeremías el profeta, que dice:

Una voz fué oída en Ramá, lloros y muchos lamentos: Raquel llorando á sus hijos, no quiso ser consolada, porque ya no son. (Matth. 11, 16, 18.)

Subiendo algunos escalones se halla una puerta que conduce á la capilla subterránea de la Santa cueva. Tiene treinta y ocho pies de largo, once de ancho, y su elevación es de nueve. Dos escaleras de quince escalones cada una construídas á ambos lados conducen la una á la iglesia de los griegos, y la otra á la de los armenios. Las rocas y el pavimento estan cubiertos de preciosos mármoles regalados por Santa Elena. Treinta y dos lámparas arden sin interrupción en este santo lugar, donde no penetra jamás la luz del día. En el fondo hacia el Oriente está el sitio en que la más pura de las Vírgenes dió á luz al Salvador del mundo. Este lugar que alumbran dieciséis lámparas, está indicado por un mármol blanco fijado en el pavimento por una guarnición de jaspe, en el medio tiene un sol de plata, y á su alrededor esta inscripción:

HIC DE MARIA VIRGINE
JESUS CHRISTUS NATUS EST.

Aquí nació Jesucristo de la Virgen María.

Encima hay una tabla de mármol sostenida por dos columnas, que sirve de altar. Entre estas dos columnas y debajo del altar es donde se prosternan los peregrinos para besar el augusto sitio que designa la inscripción.

Algunos pasos más abajo hacia el Mediodía se encuentra el pesebre. Reflexionemos ante él.

Los dolores y los gozos de los hombres han ocasionado muchos acontecimientos del carácter más tierno, observa un autor místico, al mismo tiempo que sus virtudes y servicios iban á parar en una porción de catástrofes de grande interés dramático. Y en efecto: los destinos constantemente en oposición de los hombres, producen diariamente tragedias que, semejantes á una pintura muy débil de la puesta del sol, parecerían en una novela exageradas y fuera de toda realidad. Ha habido también muchos misterios sobre la tierra, misterios en los que el hombre era comparativamente pasivo, y Dios obraba solo. Hubo tiempos en que plugo al Criador llenar por sí mismo el teatro entero de su creación; tiempos también en que como en las frescas noches del Edén, ó á la puerta de la tienda de Abraham, venía á mezclarse con maravillosa condescendencia entre sus criaturas. Pero muy rara vez había sido la tierra testigo de una escena igual á la que ofrecía